

El orgullo gay, ¿una liberación sexual?

César Octavio González
Universidad Essex, Londres

Resumen

A pesar de los alcances del movimiento gay, la gente gay presenta problemáticas y desafíos que trascienden la orientación homosexual, pues ha generado formas de cultura y práctica social que son excluyentes. Es decir, aunque lo gay ha emergido como un conjunto de valores de liberación sexual, irónicamente, la idea de orgullo gay ha creado márgenes donde algunos individuos no heterosexuales son considerados devaluados, inválidos, invisibles o ilegítimos. Ello ha dado lugar a fragmentaciones y conflictos que no sólo desafían el entendimiento de la gente y cultura gay, sino también nuestras concepciones acerca de la homosexualidad. Este artículo analiza estas cuestiones con el fin de explorar los límites y desventajas del orgullo gay y de plantear un acercamiento crítico a ciertos aspectos relevantes en el entendimiento de la cultura gay.

Palabras clave

Homosexualidad, género, homofobia.

Summary

Despite the achievements of the gay movement, gay people present problems and challenges that surpass their homosexual orientation, since they generate exclusive forms of culture and social practice. That is to say, although gayness has emerged as a set of sexual liberation values, paradoxically, the notions of gay pride have created margins where some non-heterosexual people are considered as being devalued, invalid, invisible or illegitimate. This has given rise to fragmentations and conflicts that challenge not only the understanding of gay people and culture, but also our conceptions of homosexuality. This article discusses these concerns with the aim of exploring the limits and shortcomings of gay pride and formulating a critical approach to aspects relevant for the understanding of gay culture.

Key words

Homosexuality, gender, homophobia.

Introducción

El cristianismo es reconocido como el principal causante de la homofobia en Occidente, pues es precisamente en la cultura cristiana donde las relaciones homosexuales adquirieron significados peyorativos; las prescripciones y sanciones hacia la homosexualidad quedaron apuntaladas con el supuesto de que el sexo heterosexual, el marital y con fines de procreación era el ideal o legítimo. Fue básicamente después de la segunda Guerra Mundial cuando los movimientos de liberación sexual cobraron fuerza, lo que se tradujo en beneficios para las mujeres, reformas humanitarias y la despenalización de los actos homosexuales en varios países. Por ejemplo, en Alemania —donde aparentemente se había gestado un movimiento de reivindicación de la homosexualidad desde la perspectiva sexológica a inicios del siglo xx—, la llegada del nazismo significó el colapso de ese movimiento: miles de homosexuales fueron llevados a los campos de concentración; se consideraba que atentaban contra la supremacía racial (McNeill, 1979: 125; Mondimore, 1998: 61-69). Hoy en día, Alemania es uno de los países europeos con mayor tolerancia hacia la homosexualidad. Por otro lado, el movimiento homofílico que emergió en Estados Unidos durante 1950 y 1960 buscó también la reivindicación de la homosexualidad, pero no tuvo gran impacto. Este movimiento consideraba a la homosexualidad como algo innato y privado, y para respetar ese derecho primeramente se debía educar a la población heterosexual; sin embargo, esta estrategia fracasó porque para muchos el movimiento fue gentil y poco atrevido (Jagose, 1996: 20-29). La verdadera liberación homosexual —coincide la mayoría— comenzó con el movimiento gay, el cual surgió desde la disidencia y en las calles, y no necesariamente con fines educativos.

Aunque nadie puede negar los logros del movimiento gay en el área de los derechos humanos y civiles, uno de mis intereses en este análisis es mostrar cómo el orgullo gay puede construir formas para legitimar la homosexualidad que resultan inciertas entre los mismos gays. Lo gay, al conformarse en formas culturales, tiende a diluir su sentido activista en favor de la liberación homosexual, creando representaciones y prácticas que pueden ser opresivas o excluyentes para la gente gay y otros no heterosexuales. La cultura gay, al idealizar la raza blanca, la clase media, la juventud, la virilidad y el hedonismo, contradice lo gay como una alternativa de liberación sexual, dando lugar a expresiones racistas, elitistas, machistas y discriminatorias. Con este análisis pretendo ilustrar los límites del orgullo gay y plantear cuestiones problemáticas para esta población: una forma de promover no sólo el debate en tor-

no a la cultura gay, sino también de acercamiento a los alcances del activismo gay y su gran potencial.

Desarrollo

El viernes 27 de junio de 1969 se efectuó una redada en el Stonewall Inn, un bar gay en Christopher St., en el corazón de Greenwich Village, Nueva York:

[...] el bar Stonewall era un blanco perfecto. Funcionaba sin una licencia para vender licor, tenía la reputación de tener nexos con el crimen organizado y, como variedad, había chicos a go-go con poca ropa; ello trajo el elemento "disidente" a la plaza Sheridan, una bulliciosa intersección en Village. Generalmente los clientes del Stonewall eran jóvenes no-blancos, muchos de ellos eran *drag queens* que vivían en el área del East Village, en guetos de jóvenes que habían huido de sus hogares [...] Sin embargo, esa noche los clientes respondieron de forma inusual. A medida que la policía sacaba uno a uno de los clientes del bar, una muchedumbre se acumuló en las calles [...] varios *drag queens* que gritaban "salven a nuestra hermana", arremetieron contra un grupo de oficiales que aporreaban a un joven [...] Durante las horas siguientes, los botes de basura ardieron, las botellas y las piedras volaron en el aire, y los gritos de "¡Gay Power!" sonaron en las calles mientras que la policía, con casi 400 elementos, luchaba con una muchedumbre estimada en más de dos mil (D'Emilio, 1983: 231-232).

Desde el decenio de 1950, en especial entre los homosexuales estadounidenses, la palabra "gay" comenzó a usarse ampliamente como sinónimo de "homosexual", una forma de comunicarse "sin riesgos" (Guasch, 1991: 75). La historia nos marca la rebelión de Stonewall como el referente más importante en el movimiento gay; gracias a ella, la reivindicación de la orientación homosexual se globalizó. Los disturbios que fueron ampliamente reportados por los medios de comunicación, motivaron a que personas se identificaran con el orgullo gay. Gradualmente, grupos de individuos se organizarían para hacer crecer y hacer visible lo que llamarían "comunidad gay"; deseaban provocar el cambio en la sociedad homofóbica. Los activistas gay evidenciaron la conexión entre las esferas privadas y públicas no sólo como sitio de discriminación, sino también como una estrategia para asegurar una visibilidad legítima (Cruikshank, 1992). La conciencia gay se construyó estableciendo una relación entre las experiencias homosexuales, las dificultades y los desafíos causados por las sociedades homofóbicas; este hecho se materializó en un movimiento activista internacional que comenzó a exigir derechos y garantías civiles para los gays.

Usualmente los movimientos sociales se enfocan en valores y estructuras

que reinventan o transforman con la meta de reafirmar una identidad positiva (Castells, 1997). En este sentido, el movimiento gay nos demuestra cómo las redes sociales, basadas esencialmente en una preferencia sexual, transforman a sus miembros en actores políticos o de cambio social. Sin embargo, es importante notar que el movimiento, dado que ha prestado atención a los despliegues públicos y la congregación espacial, ha generado también diferentes formas de visibilidad que no necesariamente implican un sentido político entre la gente gay. Por ejemplo, asumirse como gay es una experiencia personal que tiene diversos niveles de la incidencia social: asistir a un bar gay, participar en una marcha gay o utilizar un *chatroom* gay conlleva implicaciones sociales en la esfera pública; si bien podemos argumentar que existe visibilidad, ésta no siempre es activista (véase también Plummer, 1995: 56-58). Por ello, el movimiento gay es particular; nos evidencia que se ha asimilado en prácticas y espacios sociales que no forzosamente involucran una consigna política.

La evidencia histórica nos sugiere que desde sus inicios, este movimiento tendió a fragmentarse; es decir, no se trató de un movimiento apacible, sino que implicó una serie de conflictos internos que hasta nuestros días no han sido resueltos; este hecho se observa en cómo la cultura gay se ha configurado. Aparentemente, dado que el activismo gay del decenio de 1970 creó una visión mecánica de opresión vs. liberación, ello generó una estrategia de visibilidad hasta cierto punto equivocada. Sucedió que lo "gay" o lo "homosexual" introdujo un discurso que prometía mucho (cuestionar la familia, la educación sexual, los medios de comunicación y los roles de género), pero ello creó una actitud elitista: los gays era los "liberados", más avanzados que los heterosexuales (Fernbach, 1981). Este idealismo fue lo que fragmentó el orgullo gay; los gays, al percibirse como un "bloque alternativo", relegaron sus diferencias. Las posiciones gay eran claramente mímicas del marxismo, pero su poca atención a las diferencias de clase fue explícita; los gays no pudieron integrarse como sectores estratificados e ignoraron que entre ellos había pobres, afeminados, mujeres, ancianos, etcétera (Marshall, 1989). Esta crítica es relevante, especialmente cuando vemos cómo lo gay se ha mantenido en las diferentes ciudades alrededor del globo: lo gay prioriza la gente blanca, machista, clase media, joven, varonil y altamente sexual. Todo ello se ha podido vender bien; los espacios gay con fines comerciales han emergido en varios países, lo cual es impulsado por formas de cultura gay que glorifican el hedonismo. Esto es un revés para el orgullo gay original y, hasta cierto punto, es irónico: los actores principales en la rebelión de Stonewall no eran necesariamente blancos, masculinos o de la clase media.

Verta Taylor y Nancy E. Whitter (1992) comentan que, dentro de los movimientos sociales, los individuos variablemente resignifican la identidad co-

lectiva. Muchos aspectos pueden provocar esta dinámica, pero sugieren que el desarrollo de la conciencia colectiva se puede conectar con factores psicológicos que no son tomados en cuenta por las teorías de los movimientos sociales; incluir estos factores podría ayudar a explicar algunos desafíos en esos movimientos. Aunque en mi análisis no me interesa penetrar en los aspectos psicológicos, mi idea es que la cultura gay ha sido moldeada por las mismas ansiedades que prevalecen entre los heterosexuales. Es decir, la gente gay ha reproducido en sus espacios algunos de los prejuicios que aquejan a la sociedad. Es arduo escudriñar todos los aspectos que están en conflicto; sin embargo, para explicar el hecho he elegido los siguientes ejes: posición económica, género, raza, edad y salud. Considero que de ahí provienen los conflictos más significativos; no estoy sugiriendo que funcionen autónomamente, pueden correlacionarse, conduciéndonos a detectar otras manifestaciones de conflicto.

Posición económica

Aparentemente el entendimiento de lo gay como de clase media se deriva en gran medida por los aspectos económicos. Se ha argumentado que la clase social ayuda a observar distinciones económicas y sociales, pero esto no es necesariamente cierto: la etiqueta de "clase trabajadora" nos pudiera remitir a que sólo los miembros de esa clase trabajan; asimismo, las diferencias de clase no siempre representan ingresos polarizados (Penelope, 1994). Respecto a esto, considero que lo gay, más que permeado por valores de la clase media, está influenciado por valores económicos o elitistas, los cuales predominan en todas las sociedades de consumo. El pensar desde esta perspectiva nos da una idea más clara de cómo la gente gay asocia sus experiencias con su posición económica. El tener un ingreso económico da oportunidades y opciones a la gente gay, especialmente a la que posee el mayor capital económico, esto se traduce en una visibilidad gay que gira alrededor de la comercialización y el consumo.

Una de las luchas principales en la agenda gay ha sido evitar que despidan a la gente por su orientación homosexual. Paradójicamente, para algunos gays, tener un salario no asegura su participación en los espacios gay, los cuales por lo general poseen un giro comercial. Esta tendencia excluye a los pobres debido a su carencia de recursos económicos para pasar el rato o tomar una bebida en algún gueto gay. Es interesante que la visibilidad gay se correlaciona sobre todo con bares, saunas y discotecas; Carol Warren (1974) asume que ello es producto del estigma. Ella argumenta que las limitaciones de tiempo y el supuesto de la heterosexualidad en espacios sociales como el trabajo, la familia o Iglesia, hace que la gente gay busque o abra espacios para pasar su tiempo libre y entretenerse, además de que esos espacios ofrecen

límites más seguros en el mundo “heterosexual” (véase también Chauncey, 1996). Esos lugares de diversión o esparcimiento, en general, representan sitios legítimos de encuentro, por lo menos en los términos de la ley: a cambio de regulaciones jurídicas y la vigilancia, se concede a la gente gay licencias para abrir negocios como bares o discotecas.

Para Nicola Field (1995: 60-63), la visibilidad gay en términos del consumismo sólo crea un estereotipo alrededor del “dinero rosa”, que presupone un cierto poder adquisitivo entre la gente gay: el ingreso doble de las parejas y la idea de que no tienen descendientes se asocia con una mayor capacidad de gasto en artículos suntuarios y entretenimiento. Para Field, ello es una realidad sesgada; refuerza la idea de que la clase obrera no puede asumirse como gay ni tiene contacto con los negocios gay, contribuyendo a visualizar a la gente gay como la que tiene sensibilidades y gustos “especiales” o “de clase”. Yo agregaría que el desarrollo comercial de espacios gay no siempre garantiza mayor tolerancia hacia la homosexualidad; en mi experiencia, he notado que fuera de los guetos comerciales gay es poco probable ver muestras de afecto homosexual en la vía pública, incluso en las ciudades “liberales”. Vale notar que estas preconcepciones han motivado la aparición de grupos subculturales gay que se materializan de manera disidente. Los grupos *leather*, los osos y los *skinheads* no sólo erotizan elementos como uniformes militares, el calzar botas, la agresión, los cuerpos viriles, sino también la hipermasculinidad (Healy, 1996; Wright, 2001). Algunos de estos grupos poseen presencia en las principales metrópolis latinoamericanas; curiosamente estas expresiones de la masculinidad también han sido criticadas; el reforzamiento e idealización del género masculino se considera opresivo.

El género

Desde el surgimiento del orgullo gay, la idealización de modelos masculinos entre los hombres gay llegó a ser obsesiva: las formas prescritas de masculinidad van desde la ropa, comportamientos, hasta los cuerpos atléticos. Hay explicaciones para dicho fenómeno: se menciona que en la rebelión de Stonewall la participación de travestis fue explícita; por ello, entre los hombres gay se comenzó a defender las imágenes que no fueran estereotípicas de la homosexualidad, es decir, romper la noción de “homosexualidad = afeminamiento”; también se sugiere que en Europa, después de la introducción de la píldora anticonceptiva, los hombres casados dejaron de buscar hombres afeminados para el sexo, lo que causó que el ser afeminado ya no fuera muy necesario como estrategia de seducción (González, 2003: 35-36). Jamie Gough (1989) aglutina ambas ideas; él explica que la idealización de macho gay comenzó durante los años 1950 y 1960, con el debilitamiento de los roles

de género debido a la erosión de la división sexual del trabajo y la separación de la actividad sexual de la reproducción. Esto impulsó a los hombres a emerger con identidades separadas de la heterosexualidad, lo cual, con la expansión masiva de los espacios y estilos gay, fomentó que los gays prefirieran buscar a otros gays para la actividad sexual. Por tanto, los gays se convirtieron en objeto de deseo erótico en sus propios círculos sociales, sin que fuera necesario ser afeminado para seducir al otro. Esta dinámica, contradictoriamente, ha sexualizado al género masculino al punto de ser opresivo; el reforzamiento de la masculinidad ha fomentado homofobia y misoginia entre la gente gay.

Algunas mujeres, al conseguir una visibilidad gay, prefirieron llamarse a sí mismas "lesbianas", una forma de convocar al movimiento lésbico y reafirmar su feminidad. Sin embargo, éste no ha tocado a todas las mujeres homosexuales; todavía hay varias que se definen como gays. Las lesbianas han recriminado la hostilidad y machismo de los hombres gay; ello ha llevado a algunas a radicalizarse y desacreditarlos, etiquetándolos de promiscuos y vulnerables a las enfermedades de transmisión sexual y, en el caso de los travestis, también los consideran misóginos, pues sus comportamientos "degradan" a las mujeres (Edwards, 1994: 35; Mogrovejo, 2001). Estos conflictos se reflejan en los giros comerciales gay, los cuales prestan mayor atención a los varones que a las mujeres lesbianas; también una de mis ideas es que ello pudiera deberse a cuestiones económicas y de género: las lesbianas, por ser mujeres y ganar menos que los hombres, sus experiencias y visibilidad tienden a suceder en ámbitos más privados.

El hincapié del género masculino en la cultura gay conduce a modelos de masculinidad difíciles de alcanzar, motivando que el género sea sexualizado obsesivamente. En general, estos aspectos son observables en la comercialización gay, donde la exhibición de belleza masculina abunda, siendo que en realidad los modelos de toda esa publicidad gay no necesariamente sean gente gay. Estos hechos han motivado que algunos activistas legitimen otras identidades sexuales, como la transgénero, la bisexual y la transexual; sin embargo, éstas todavía no cobran tanta fuerza; al parecer su reivindicación no ha podido convocar plenamente a los que dan pauta en la cultura gay.

La raza

Desde la perspectiva gay, las diferencias raciales pueden dar lugar a dos dimensiones: las fantasías coloniales y el racismo. Hema Chari (2001) dice que las fantasías coloniales se han subestimado en discusiones en torno a identidades gay. Para Chari, dichas fantasías fomentan que las identidades sexuales pongan en perspectiva el cambio social, pues evidencian relaciones de poder y deseo. Respecto a ello, desde la perspectiva británica, Sunil Gupta

(1989) asume que la conciencia gay concibe la raza colonialistamente; existe una fascinación por lo exótico, pero este deseo, según Gupta, es condicional: la raza negra es vista como muy sexual; en contraste, la asiática es vista como sexualmente sumisa. Él sugiere que estas concepciones son producto del entendimiento del cuerpo colonizado. Tales fantasías también cobran vida en Latinoamérica; algunos nacionales son vistos como más sexuales que otros por la idea de que sangre africana corre por sus venas. Definitivamente las nociones acerca de la raza fomentan estereotipos en torno a las diferencias raciales; sin embargo, no convengo del todo en considerarlas formas de colonialismo sexual. Al final de cuentas en una relación romántica donde prevalecen diferencias raciales, ¿quién coloniza a quién? ¿No se supone que la atracción sexual es mutua?

Gupta menciona que el racismo ha sido frecuente desde la aparición del orgullo gay; los modelos exaltados por los activistas y empresarios fueron los de la raza blanca. Él menciona que la exclusión de las minorías étnicas en la Gran Bretaña fue similar a la de Estados Unidos. Irónicamente, el movimiento gay —a pesar de haber emergido en el contexto de los movimientos civiles— dio lugar a expresiones racistas. En Latinoamérica el panorama no es muy diferente; las imágenes de indígenas gay están muy lejos de tomar parte en la conciencia gay latinoamericana; los espacios y la publicidad gay articulan sus significados integrando modelos de belleza blanca y expresiones anglosajonas. Al parecer esta tendencia es una repercusión de cómo las diferencias raciales han sido asociadas a las diferencias económicas: como la gente blanca tiene mayor poder económico, han elaborado formas de entender la raza y la belleza; la cultura gay es una caja de resonancia de este fenómeno. Por ende, no es de sorprendernos que todavía la gran mayoría de los grupos indígenas no se hayan integrado al orgullo gay, aunque hay excepciones; los indígenas de Juchitán, Oaxaca, en México, han demostrado su capacidad de organización por la causa transgénero y gay, aunque todavía su visibilidad es marginal (Miano, 2002).

La edad

Ken Plummer (1981a) reconoce la edad como un eje donde la homosexualidad presenta problemas; ello se basa en la creencia de que los individuos cuando nacen son heterosexuales; por tanto, los que tengan una orientación homosexual deberán, a determinada edad, estabilizar su existencia con una identidad satisfactoria; en este caso una identidad gay. Sin embargo, Plummer explica que el proceso natural del crecimiento es un desafío para la gente gay: las condiciones de los gays en la adultez no son menos difíciles que las de los adolescentes.

Los adolescentes enfrentan incertidumbres mientras tratan de entenderse como no heterosexuales porque tienen que formarse de acuerdo con los lineamientos impuestos por la sociedad heterosexual. Los adolescentes necesitan buscar redes sociales para concretar su identidad; aparentemente, las discotecas y bares gay, no obstante opresivos y deshumanizados, presentan una realidad social alternativa para dichos adolescentes. Infortunadamente, esa alternativa no está disponible para todos, depende de su proximidad a centros urbanos (Herdt, 1989). Por otra parte, se ha observado que aunque los adultos tienen más seguridad para confrontar su homosexualidad, los compromisos que llevan consigo (familia, matrimonio o trabajo) los previenen de asumirse como gays. Ello se acentúa entre las mujeres que, a diferencia de los varones, tienen menor libertad económica y social para procurar encuentros homosexuales (Richardson y Hart, 1981).

En otro plano, Jeffrey Weeks (1995a) menciona que la actitud comercial gay da un alto valor erótico a la apariencia juvenil, lo cual refuerza un hedonismo que equipara la satisfacción erótica con el número de ligues. En este sentido se ha reportado que, en comparación con las lesbianas, a los hombres gay les preocupa más envejecer. Weeks cree que ello es producto de las diferencias culturales: la cultura lésbica no se ha enfocado tanto en la comercialización; por esto, las lesbianas tienen menos probabilidades de competir contra rivales más jóvenes, lo que ha motivado que —incluso en comparación con los heterosexuales— los gays tengan imágenes más distorsionadas respecto al envejecimiento, conformando creencias de que su atractivo físico decaerá prematuramente (Bennett y Thompson, 1990).

La cultura gay relaciona juventud con erotismo y belleza, aunque hay límites: la paidofilia. La evidencia nos sugiere que en la segunda mitad del siglo xx hubo intentos de organización activista alrededor de la paidofilia, especialmente en Estados Unidos y algunos países europeos. Su principal argumento era que la paidofilia no necesariamente involucraba niños, sino adolescentes, ni que esta práctica los afectaba en su desarrollo (Rossman, 1976:37-42). Para sustentarlo, algunos paidófilos destacaban las actitudes pedagógicas que sus relaciones podían tener (O'Carroll, 1980; Geraci, 1996). Sin embargo, como Plummer (1981b) lo explica, el movimiento paidofílico pudiera ser calificado como un paternalismo hipócrita, pues se pusieron hablar por seres que en nuestra sociedad no tienen voz jurídica. Cabe aclarar que aunque los activistas por la paidofilia buscaron alianzas con algunas organizaciones gay, la mayoría de éstas desde un inicio se desmarcaron del movimiento paidofílico, el cual desapareció ante la persecución policiaca y la estigmatización por parte de gays y no gays.

La salud

Dado que la homosexualidad dejó de ser considerada una enfermedad mental en 1973, parte del trabajo activista gay se ha enfocado en la salud emocional; el objetivo: hacer que la gente gay integre mejor sus vidas en la sociedad (Macourt, 1989). Sin embargo, es en la salud sexual donde la participación gay se halla más desarrollada y movilizada, en gran medida fomentada por la aparición del VIH/SIDA. Las enfermedades de transmisión sexual pueden dislocar las fronteras impuestas por el género, la clase social o la edad; de ahí que el SIDA tuviera un fuerte impacto en la conciencia gay: como el virus afectó inicialmente a gays, usuarios de drogas inyectables y prostitutas, la imagen popular en torno al SIDA era de depravación y de actos corporales "repugnantes". Aunque el SIDA también tuvo incidencia entre los homofílicos o personas que habían recibido transfusiones de sangre, éstos fueron considerados víctimas inocentes. Por ende, una de las luchas de los activistas gay fue plantear el VIH/SIDA como un problema de salud y no como una condena moral (Cole, 1996: 283; Weeks, 1995).

Durante la aparición de la epidemia, Gupta (1989) recuerda que en el Reino Unido las discusiones abordaban el tema del SIDA como un problema de la raza blanca y negra; en consecuencia, otros grupos raciales exhibieron sus prejuicios al señalar que el virus no era un problema de sus comunidades; algo similar observé en México: los anglosajones, especialmente los de Estados Unidos, eran vistos con recelo por los gays locales. Por otra parte, en el contexto estadounidense, Stoller (1995) cuenta que algunas lesbianas marcaron su distancia ante la epidemia, argumentando que debían atender otras prioridades propias de la salud de la mujer, como el cáncer cérvico-uterino y del seno. En contraste, como en sus inicios la epidemia era relacionada principalmente con los hombres, otras lesbianas formaron coaliciones con gays y otras mujeres para exigir que en los programas de salud se incluyeran campañas de prevención sin distinción de sexo.

El VIH/SIDA puso en perspectiva la liberación gay; nociones como HSH (hombres que tienen sexo con hombres) ilustraron que la identidad gay no había tocado a todos; asimismo, las ideas de "sexo protegido" y "prácticas de riesgo" introdujeron nuevas prácticas sexuales: la erotización de condones y otras maneras de expresar la sexualidad, como el cybersexo o evitar el intercambio de fluidos corporales en la actividad sexual. Es importante aclarar que ha habido voces que critican estas formas de confrontar la epidemia; algunas feministas las consideran inadecuadas. Como los materiales que promueven el sexo protegido y el uso de condones glorifican la masculinidad en la actividad sexual, ello, según ellas, no ayuda mucho en confrontar la epidemia, pues hay estilos de vida e individuos que no coinciden con estos paráme-

tros (Wilton, 1997).

En forma paralela a las imágenes de enfermedad, entre los gays han emergido otras que hacen hincapié en cuerpos atléticos y, al parecer, saludables; de prevalecer, en mi opinión, las de enfermedad serán subestimadas. Esto es riesgoso, sobre todo teniendo en cuenta que un cuerpo atlético no necesariamente se consigue tras horas de entrenamiento, sino también por la ingesta de esteroides conseguidos en el mercado negro. Es decir, el uso de sustancias o drogas establece un sentido falso de salud y de bienestar entre algunos gays. También se ha reportado que entre algunos gays existe la tendencia hacia el uso de drogas recreativas, lo cual se asocia con la necesidad de crear un falso sentido de bienestar y aliviar sentimientos de culpa ocasionados por la homofobia; hay evidencia de que las prácticas sexuales de mayor riesgo tienen lugar cuando las personas están bajo los efectos de dichas drogas (Lewis y Ross, 1995).

Consideraciones finales

El orgullo gay ha ido penetrando la sociedad pero, como hemos visto, esto es conflictivo. Tras esta penetración hay grupos de individuos excluidos o subestimados simplemente por no caber dentro de los parámetros establecidos por lo gay, de modo que ha emergido una cultura gay que promueve supuestos, preconcepciones y estilos de vida como legítimos, invalidando otras prácticas o individuos, los cuales son vistos como "menos" gay o, de plano, alejados de los valores gay.

No podemos negar que la idea de orgullo gay ha servido para materializar espacios y obtener derechos; sin embargo, llama la atención que lo gay se haya construido sólo marcando sus diferencias en la orientación sexual. Es decir, parece que los gays se han esforzado en demostrar que no se relacionan con ningún tipo de disidencia; paradójicamente, en esta ansiedad el ser gay parece "heterosexual", no en un sentido erótico, sino en algunos valores y definiciones que fomentan la exclusión social en general. Desde esta perspectiva no debe sorprendernos que aspectos como la posición económica, la edad, el género, la raza y la apariencia física no sean considerados de forma más crítica por los gays. En consecuencia, percibimos que la promoción de valores que privilegian el elitismo, la reivindicación del género, el sexo, la raza blanca y la juventud, funcionan como símbolos de integración en la conciencia gay.

Al imponer sus valores, el orgullo gay moraliza; aunque esto ha ayudado a reconocer algunos desequilibrios sociales, los valores gay promovidos no han sido del todo asertivos. La idea mecánica de liberación vs. opresión contribuye a patrones de organización que desconocen o niegan inequidades

sociales, creándose una falsa imagen de la realidad homosexual. Hemos notado que la comunidad gay se ha proyectado en un vasto mundo de posibilidades y de lugares; sin embargo, observamos que las dificultades presentadas son similares al resto de la sociedad, o incluso pueden ser más acentuadas. En gran medida, me parece que esto es producto del alto grado de idealismo que permea el orgullo gay. Por ejemplo, Kirk y Madsen (1989: 277) mencionan que “los aspectos feos de la vida gay pueden, de hecho, simplemente ser los aspectos feos de la naturaleza humana en general, y no limitado de ninguna manera a los gays”. Ellos promueven la limpieza del orgullo gay: prevenir la drogadicción, el clasismo, la promiscuidad, el machismo, los malos comportamientos y la inconstancia de las relaciones románticas. La propuesta de Kirk y Madsen no creo que contribuya en mucho a limpiar la conciencia gay; de hecho, hasta cierto punto puede fomentar actitudes fóbicas que pudieran generar un efecto opuesto: sancionar aún más a los que viven en la marginalidad.

Debemos admitir que el orgullo gay ha obtenido logros políticos en términos de derechos humanos, así como en la creación de un lenguaje y formas culturales, lo cual ha sido de suma importancia en el plano de la ciudadanía pues ha permitido conformar la homosexualidad de manera positiva. En esta lucha, los valores gay han creado significados éticos y morales, lo que ha ayudado a establecer la noción de pertenecer a cierta clase de gente que tiene un sentido de comunidad, una identidad colectiva. En algunos países ello ya se ha reconocido legítimamente por medio de políticas que atienden no sólo a la comunidad gay, sino también a otros no heterosexuales. Es decir, el activismo gay sirvió de plataforma para programas políticos más amplios, aunque éstos se encuentran lejos de ser totalmente inclusivos o eficaces. Por ejemplo, en una conferencia sobre transexualidad en el Reino Unido, a la que asistí, una queja frecuente por parte de los transexuales fue la falta de una adecuada atención profesional; algunos debían esperar hasta seis años para poder someterse a la operación de reasignación de sexo; por ello, algunos se operaban en el extranjero y otros no podían evadir la crítica en la vía pública. Definitivamente lo ideal sería que tanto transexuales como transgéneros no tuvieran que lidiar con estas desventajas; sin embargo, admito mi preocupación cuando las lesbianas destacan su condición de ser “mujeres”; una tendencia similar ocurre entre los varones gay, quienes tienden a idealizar la virilidad. Estos procesos están dejando a la población transgénero y transexual en la incertidumbre y poco les ayudan a erosionar su marginación.

Por otro lado, también me produce “ruido” que en mi convivencia cotidiana con la gente gay perciba que es más probable que apoyen el reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo que la poligamia y poliandra. Si con-

sideramos que el orgullo gay emergió como un movimiento de la liberación sexual, invalidar la poligamia y la poliandra me parece una posición ambigua: el reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo no es otra cosa que una reinención del matrimonio monogámico. Apoyo el reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo, pero, ¿qué sucede con los bisexuales o los que no son monógamos? Son sancionados por su "promiscuidad" y no son considerados en las discusiones que buscan derechos ciudadanos, a pesar de que las relaciones no monogámicas también confrontan necesidades y vulnerabilidades (Klesse, 2002). Otro escenario poco alentador es la obsesión por la belleza joven, lo cual relega la madurez y la senectud de la esfera erótica; ello no sólo facilita imágenes peyorativas sino también un aislamiento social de un sector de la población gay.

El orgullo gay, como un único mecanismo de liberación sexual, no ha funcionado. La fragmentación del movimiento gay y la reivindicación de diferentes identidades sexuales con agendas propias como la lésbica, bisexual, la transgénero y la transexual, nos evidencia que las necesidades son diversas. La liberación gay no es la única forma de cerrar la brecha entre ciudadanía e inequidad, y es alentador que hoy en día algunos activistas hablen de la "diversidad sexual" como una estrategia para representar y legitimar la complejidad de las expresiones no heterosexuales. Aunque ello pudiera provocar que se diluyan las necesidades de las minorías, su principal desafío es hacer que los individuos no heterosexuales gocen de atención. Y claro, no sólo basta con luchar contra la discriminación sino construir toda una agenda activista que contemple la exigencia de políticas públicas que salvaguarden esa diversidad sexual.

En México, la aprobación de las legislaciones en la ciudad de México (noviembre de 2006) y el estado de Coahuila (enero de 2007) para dar una mayor certeza jurídica a las parejas del mismo sexo, representa un esfuerzo por cerrar la brecha en la desigualdad social, pero todavía hay mucho trabajo por hacer en el resto de la República y otros ámbitos más allá del vivido por las parejas. Se han creado mecanismos e instituciones para atender las necesidades de la familia, de los jóvenes, de los indígenas, de las mujeres y de las personas en senectud; sin embargo, es un absurdo que, a pesar de tener todo ese marco institucional, todavía haya un gran silencio alrededor de políticas públicas que atiendan explícitamente a todos aquellos que no son heterosexuales. La ciudadanía ni los derechos de los mexicanos pueden estar supeditados a una sola voz; quienes integramos este país no provenimos de un sólo perfil ciudadano o molde. Entonces, no hay justificación para negar nuestras diferencias, las cuales van más allá del género, la raza y la edad; también somos seres sexuales, y ese es un bagaje que no podemos ignorar.

Bibliografía

- Bennett, Keith C. y Norman L. Thompson (1990), "Accelerated aging and Male homosexuality: Australian evidence in a Continuing debate", John Alan Lee (ed.), *Gay Midlife and Maturity. Journal of Homosexuality*, 20(3-4), Nueva York, The Haworth Press, pp. 65-75.
- Castells, Manuel (1997), *The Power of Identity*, Malden, Blackwell.
- Chari, Hema (2001), "Colonial fantasies and Postcolonial identities", John C. Hawley (ed.), *Postcolonial queer: Theoretical intersections*, Albany, State University of New York Press, pp. 277-304.
- Chauncey, George (1996), "The Policed: Gay Men's strategies of Everyday resistance", William R. Taylor (ed.), *Inventing Times Square*, Baltimore, University John Hopkins Press, pp. 315-328.
- Cole, Cheryl L. (1996), "Containing AIDS: Magic Johnson and Post (Reagan) America", Steven Seidman (ed.), *Queer Theory/Sociology*, Cambridge, Malden, Blackwell, pp. 280-310.
- Cruikshank, Margaret (1992), *The Gay and Lesbian Liberation Movement*, Nueva York, Routledge.
- D'Emilio, John (1983), *Sexual Politics, Sexual Communities. The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Edwards, Tim (1994), *Erotics & Politics*, Londres, Routledge.
- Fernbach, David (1981), *The Spiral Path. A Gay Contribution to Human Survival*, Londres, Gay Men's Press.
- Field, Nicola (1995), *Over the Rainbow. Money, Class and Homophobia*, Londres, Pluto Press.
- Geraci, Joseph (1996), *Dares to Speak. Historical and Contemporary Perspective on Boy-Love*, Swaffham, Gay Men's Press.
- González Pérez, César O. (2003), *Travestidos al desnudo, México, Porrúa/CIESAS*.
- Gough, Jamie (1989), "Theories of Sexual identity and the Masculinization of the Gay man", Simon Shepherd y Mick Wallis (eds.), *Coming on Strong: Gay Politics and Culture*, Londres, Unwin Hyman, pp. 119-136.
- Guasch, Óscar (1991), *La sociedad rosa*, Barcelona, Anagrama.
- Gupta, Sunil (1989), "Black, Brown and White", Simon Shepherd y Mick Wallis (eds.), *Coming on Strong: Gay Politics and Culture*, Londres, Unwin Hyman, pp. 163-179.
- Healy, Murray (1996), *Gay Skins. Class Masculinity and Queer Appropriation*, Londres, Cassell.
- Herd, Gilbert (1989), *Gay and Lesbian Youth*, Nueva York, Harrington Park Press.

- Hubbard, Philip (1999), *Sex and the City. Geographies of Prostitution in the Urban West*, Aldershot, Ashgate.
- Jagose, Annamarie (1996), *Queer Theory: An Introduction*, Nueva York, New York University Press.
- Kirk, Marshall y Hunter Madsen (1989), *After the Ball*, Nueva York, Doubleday.
- Klesse, Christian (2002), "Gay Male and Bisexual Non-monogamies. Resistance, Power and Normalisation", tesis de doctorado, Londres, Universidad de Essex.
- Lewis, Lynette A. y Michael W. Ross (1995), *A Select Body. The Gay Dance Party Subculture and the HIV/AIDS Pandemic*, Londres, Cassell.
- Macourt, Malcom (1989), *How Can We Help You?: Information, Advice and Counselling for Gay Men and Lesbians*, Londres, Bedford Square Press.
- Marshall, Bill (1989), "Gays and Marxism", Simon Shepherd y Mick Wallis (eds.), *Coming on Strong: Gay Politics and Culture*, Londres, Unwin Hyman, pp. 258-274.
- McNeill, John (1979), *La Iglesia ante la homosexualidad*, Barcelona, Grijalbo.
- Miano Borruso, Marinella (2002), *Hombre, mujer y muxe en el Istmo de Tehuantepec*, México, Plaza y Valdés.
- Mogrovejo, Norma (2001), "La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en México. Tres momentos históricos", en *Cuicuilco*, 8(23), México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 97-112.
- Mondimore, F. M. (1998), *Una historia natural de la homosexualidad*, Barcelona, Paidós.
- O'Carroll, Tom (1980), *Paedophilia. The Radical Case*, Londres, Peter Owen.
- Penelope, Julia (1994), "Class and Consciousness", Julia Penelope (ed.), *Out of the Class Closet: Lesbians Speak*, Freedom, Ca., The Crossing Press, pp. 13-98.
- Plummer, Ken (1981a), "Going gay: Identities, Life cycles and Lifestyles in the Male gay world", John Hart y Diane Richardson (eds.), *The Theory and Practice of Homosexuality*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 93-110.
- (1981b), "The Paedophile's Progress: a View from Below", Brian Taylor (ed.), *Perspectives on Paedophilia*, Londres, Batsford, pp. 113-132.
- (1995), *Telling Sexual Stories*, Londres, Routledge.
- Richardson, Diane, y John Hart (1981), "Married and Isolated homosexuals", John Hart y Diane Richardson (eds.), *The Theory and Practice of Homosexuality*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 165-169.

- Rosman, Parker (1976), *Sexual Experience Between Men and Boys*, Nueva York, Association Press.
- Stoller, Nancy E. (1995), "Lesbian involvement in the AIDS Epidemic: Changing roles and Generational differences", Beth Schneider y Nancy Stoller (eds.), *Women Resisting AIDS: Feminist Strategies of Empowerment*, Filadelfia, Temple University Press, pp. 270-285.
- Taylor, Verta y Nancy E. Whitter (1992), "Collective identity in Social movement communities: Lesbian feminist mobilization", Aldon D. Morris y Carol M. Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement*, New Haven, Ct., Yale University Press, pp. 104-129.
- Warren, Carol (1974), *Identity and Community in the Gay World*, Nueva York, Wiley.
- Weeks, Jeffrey (1995a), "The problems of Older homosexuals", John Hart y Diane Richardson (eds.), *The Theory and Practice of Homosexuality*, Londres, Routledge & Kegan Paul, pp. 177-184.
- (1995b), *Invented Moralities*, Cambridge, Polity.
- Wilton, Tamsin (1997), *EnGendering AIDS: Deconstructing Sex, Text and Epidemic*, Londres, Sage.
- Wright, Les K. (2001), *The Bear Book: Readings in the History and Evolution of a Gay Male Subculture*, Nueva York-Londres, Harrington Park Press.